

Agatha Christie®

CITA CON
LA MUERTE

*Uno de los desenlaces
más inesperados
en un caso de
HÉRCULES POIROT*


ESPASA



AGATHA CHRISTIE

Cita con la muerte

Traducción de José Mallorquí Figuerola



Appointment with Death Copyright © 1938 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

AGATHA CHRISTIE®, POIROT® y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Usados con permiso.

Ilustraciones de la cubierta © Ed

Agatha Christie®

Traducción de José Mallorquí Figuerola

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.

Primera edición: enero de 2018

ISBN: 978-84-670-5152-0

Depósito legal: B. 28.269-2017

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

—¿No comprendes que es necesario matarla?

La pregunta flotó en la quietud de la noche, dio la impresión de que permanecía un momento inerte en el aire y finalmente se alejó hacia el mar Muerto.

Hércules Poirot se quedó inmóvil, con las manos en el alféizar y el ceño fruncido. Al cabo, cerró la ventana, impidiendo el paso del molesto aire nocturno. Había sido educado en la convicción de que el aire exterior estaba muy bien fuera de las habitaciones y de que el aire nocturno era terriblemente nocivo para la salud.

Mientras corría las cortinas y se dirigía a la cama, sonrió burlonamente. «¿No comprendes que es necesario matarla?» Era curioso que un detective como él hubiera oído esas palabras en su primera noche en Jerusalén.

—Indudablemente, dondequiera que voy siempre hay algo que me recuerda el crimen —murmuró para sí.

Su sonrisa se acentuó al recordar una historia que había oído una vez acerca de Anthony Trollope, el novelista. Trollope cruzaba el Atlántico y en el buque en el que navegaba oyó a dos pasajeros discutir acerca de la última entrega publicada de una de sus novelas.

—Está muy bien —decía uno de ellos—, pero debería matar a esa repulsiva mujer.

Con una amplia sonrisa, el novelista abordó a los dos hombres.

—Caballeros —dijo—. Les estoy muy agradecido. Iré a matarla enseguida.

Hércules Poirot se preguntó a qué debía de obedecer lo que había oído en la ventana. Quizá se tratara de una colaboración en alguna novela o comedia.

Todavía sonriendo, se dijo: «Esas palabras podrían ser recordadas algún día y tener entonces un significado más siniestro».

Cayó en la cuenta también de que en la voz había una nerviosa intensidad, un temblor que indicaba alguna emoción profunda. Era la voz de un hombre o de un muchacho.

Mientras apagaba la luz de la mesilla de noche, pensó: «No me costaría ningún trabajo reconocer esa voz».

Acodados en el alféizar de la ventana, con las cabezas muy juntas, Raymond y Carol Boynton tenían la mirada fija en las azuladas profundidades de la noche. Nervioso, él repitió sus anteriores palabras:

—¿No comprendes que es necesario matarla?

Carol Boynton se estremeció ligeramente.

—¡Es horrible! —repuso con voz ronca y profunda.

—No es más horrible que esto.

—No, claro...

Violentemente, Raymond agregó:

—¡No puedo seguir así...! ¡No puedo! Tenemos que hacer algo... Y no podemos hacer otra cosa.

—Si pudiéramos marcharnos... —murmuró ella sin ningún convencimiento.

—No podemos, Carol. Ya lo sabes. —El tono de Raymond estaba cargado de desesperación.

La muchacha se estremeció.

—Lo sé, Ray, lo sé.

—La gente creerá que estamos locos por no habernos atrevido a huir.

—Quizá estemos locos —suspiró Carol.

—Tal vez. O, por lo menos, lo estaremos pronto... Si alguien nos oyera planear fríamente el asesinato de nuestra madre, sin duda creería que lo estamos.

—¡No es nuestra madre! —replicó vivamente la chica.

—No, no lo es.

Hubo una pausa, y luego Raymond preguntó con forzada indiferencia:

—¿Estás conforme, Carol?

Ella respondió con viveza:

—Sí, debe morir. —Y bruscamente, perdido ya el dominio de sus nervios, exclamó—: ¡Está loca! ¡Estoy segura de que está loca!... Si no lo estuviese, no podría atormentarnos como lo hace. Desde hace años decimos que esto no puede seguir, pero ha seguido. Hemos dicho: «No tardará en morir», pero no ha muerto. Ni creo que muera, a menos que...

Con firmeza, Raymond terminó la frase por ella:

—A menos que la asesinemos.

—Sí.

Carol apoyó las manos en el alféizar. Con fría indiferencia y con tan sólo un ligero temblor que revelaba su emoción, su hermano continuó:

—Te das cuenta de que tiene que hacerlo uno de nosotros, ¿verdad? No podemos contar con Lennox ni con Nadine, y no podemos pedirle a Jinny que nos ayude.

Carol se estremeció.

—¡Pobre Jinny! ¡Tengo miedo...!

—Lo sé. Las cosas se complican cada vez más. Por eso hay que tomar una decisión enseguida..., antes de que ella...

La muchacha se irguió, echando hacia atrás un mechón de sus cabellos castaños.

—Tú no crees que esté mal hacer eso, ¿verdad, Ray? —preguntó.

Con la misma indiferencia de antes, Raymond replicó:

—No; creo que es como matar un perro rabioso... Es algo dañino y que debe ser detenido. Y sólo podemos detenerla de ese modo.

—De todas formas, nos mandarían a la silla eléctrica... —murmuró su hermana—. No podemos contar cómo es ella..., resultaría demasiado increíble... En parte, todo eso sólo existe en nuestra imaginación.

—Nadie lo sabrá jamás —aseguró Raymond—. Tengo una idea. La he meditado bien. No correremos ningún peligro.

La chica se volvió bruscamente hacia su hermano.

—Ray, pareces distinto... Has cambiado. Algo te ha sucedido. ¿Cómo se te ha podido ocurrir una cosa semejante?

—¿Por qué crees que me ha sucedido algo?

Al hablar, él había levantado la cabeza y clavado la mirada en el estrellado cielo.

—Porque... Dime, Ray, ¿fue aquella joven que encontraste en el tren?

—No, de ninguna manera. ¿Por qué? Por favor, Carol, no digas tonterías. Volvamos a... a...

—¿A nuestro plan? ¿Estás seguro de que es bueno?

—Creo que sí... Debemos aguardar a que se nos presente la oportunidad. Y, si sale bien, quedaremos libres..., todos libres.

—¿Libres? —Carol soltó un suspiro y miró al cielo.

De pronto rompió a llorar convulsivamente.

—¿Carol? ¿Qué te ocurre?

—¡Es tan hermosa la noche...! ¡Si pudiéramos ser como ella...! Si pudiésemos ser como los demás en vez de ser como somos, extraños, malos...

—Seremos normales cuando ella muera.

—¿Estás seguro? ¿No es demasiado tarde? ¿No seremos siempre raros y distintos de los demás?

—No, no, no.

—No sé...

—Carol, si no quieres...

La chica rechazó los brazos de su hermano.

—No. Estoy contigo. Por los otros, sobre todo por Jinny. ¡Tenemos que salvar a Jinny!

Tras un breve silencio, Raymond preguntó:

—Entonces ¿seguimos adelante?

—Sí.

—Bien. Te confiaré mi plan.

Raymond se aproximó entonces al oído de su hermana y le habló en voz baja.

Miss Sarah King se hallaba junto a una de las mesas del salón de lectura del hotel Salomón de Jerusalén, removiendo distraídamente los periódicos y las revistas. Tenía el ceño fruncido; parecía preocupada.

El francés alto que entró en la sala la observó un momento antes de dirigirse al extremo opuesto de la mesa. Cuando sus miradas se encontraron, Sarah le dedicó un leve gesto de saludo. Recordaba que ese hombre la había ayudado durante el viaje desde El Cairo y había llevado una de sus maletas cuando no encontraron ningún mozo de estación.

—¿Le gusta Jerusalén? —le preguntó el doctor Gerard después de que se hubieron saludado.

—Hay momentos en que me parece terrible —dijo Sarah—. La religión es muy extraña.

—Comprendo lo que quiere decir. —Gerard se expresaba correctamente en el idioma de miss King—. Se refiere a las luchas que se dan entre las innumerables sectas religiosas.

—¡Y los horribles edificios que han levantado! —agregó Sarah.

—Es cierto.

Ella suspiró.

—Hoy me han echado de un sitio porque llevaba un traje sin mangas —señaló.

El doctor Gerard se echó a reír. Luego dijo:

—Iba a tomar café. ¿Quiere acompañarme, miss...?

—Me llamo Sarah King.

—Y yo... Con su permiso...

Sacó una tarjeta. Al leerla, Sarah abrió unos ojos como platos.

—¿El doctor Theodore Gerard? ¡Qué emocionante! He leído todos sus libros. Sus escritos sobre esquizofrenia son muy interesantes.

—¿De veras? —preguntó él enarcando las cejas.

—Acabo de licenciarme en medicina —explicó Sarah.

—¡Ah!

Gerard pidió que les sirvieran café y ambos se acomodaron en un extremo del comedor. El francés se sentía menos interesado por los progresos médicos de la joven que por sus negros cabellos, su hermosa boca y su bello rostro. Le divertía la admiración con que Sarah lo observaba.

—¿Piensa permanecer mucho tiempo aquí? —le preguntó.

—Unos días. Luego quiero ir a Petra.

—¡Caramba! También yo pensaba ir. Pero no sé si podré. He de estar de vuelta en París el día 14.

—Creo que se tarda una semana. Dos días para ir, dos para estar allí y otros dos para volver.

—Luego iré a la agencia de viajes a ver lo que puede hacerse.

Un grupo de personas entraron en ese instante en el comedor y se sentaron a poca distancia de ellos.

Sarah los observó y bajó la voz:

—¿Se ha fijado en esos que acaban de entrar? ¿No recuerda haberlos visto la otra noche en el tren? Salieron de El Cairo al mismo tiempo que nosotros.

El doctor Gerard se ajustó el monóculo y dirigió la mirada hacia los recién llegados.

—¿De Estados Unidos?

Ella asintió.

—Sí, una familia norteamericana. Pero muy curiosa, según parece.

—¿En qué sentido?

—Fíjese en ellos con detenimiento. Sobre todo, en la vieja.

Gerard obedeció. Su aguda mirada recorrió velozmente todos los rostros. Observó, ante todo, a un hombre alto, de rostro enjuto, de unos treinta años. Sus facciones eran agradables, pero revelaban debilidad. Había también dos atractivos jóvenes. El muchacho tenía un perfil casi griego. «Algo le ocurre —pensó—. Sí, es evidente que está tenso.» La chica debía de ser su hermana, pues el parecido entre ellos era muy grande, y también estaba nerviosa. Había otra muchacha, joven, de cabellos cobrizos que ceñían su cabeza como un halo. Sus manos, inquietas, estaban destrozando el pañuelo que sujetaba en el regazo. Otra de las mujeres que conformaban el grupo era también joven, de cabello negro y rostro apacible, y no mostraba la más mínima tensión nerviosa. Recordaba a una madona de Luini. Y en el centro de todos... «¡Cielos! —pensó el doctor con ingenua y francesa repugnancia—. ¡Qué mujer más horrible!» Vieja, arrugada, sentada con la inmovilidad de un antiguo y desfigurado buda, o como una araña en medio de su tela.

—La *maman* no es muy guapa, ¿eh? —le dijo a Sarah, encogiéndose de hombros.

—Hay algo siniestro en ella, ¿no cree?

Gerard volvió a examinarla. Esta vez su mirada fue profesional, no estética.

—Padece del corazón... —murmuró.

—Sí —aprobo Sarah—, pero hay algo extraño en su actitud, ¿no le parece?

—¿Sabe usted quiénes son?

—Se llaman Boynton. La madre, un hijo casado, su mujer, otro hijo más joven y dos hijas menores.

—La *famille Boynton* recorre el mundo entero —sonrió el doctor.

—Sí, pero hay algo muy extraño en la manera que tienen de hacerlo. Nunca hablan con nadie. Y ninguno de ellos puede hacer nada sin el consentimiento de la madre.

—Es una matriarca —murmuró él pensativo.

—Yo creo que es una completa tirana —repuso Sarah.

El doctor se encogió de hombros y señaló que el dominio que ejercía la mujer estadounidense era reconocido en todo el mundo.

—Pero hay algo más —insistió Sarah—. Los tiene a todos en un puño. ¡No hay derecho!

—Para una mujer es malo ser demasiado poderosa —declaró Gerard. Luego sacudió la cabeza y agregó—: A las mujeres les resulta difícil no abusar de su poder.

Miró a Sarah y la descubrió observando a la familia Boynton, o, mejor dicho, a un miembro en concreto de dicha familia. El doctor sonrió con comprensión muy francesa. ¡Ah! ¿Era eso? Y, de modo insinuator, murmuró:

—Ha hablado con ellos, ¿verdad?

—Sí..., con uno de ellos.

—¿Con el hijo más joven?

—Sí, en el tren, viniendo de Kantara. Estaba en el pasillo. Le hablé.

—¿Qué la impulsó a hacerlo? —preguntó Gerard.

Sarah se encogió de hombros.

—Y ¿por qué no debería haberlo hecho? Suelo hablar con los compañeros de viaje. Me interesan la gente, sus acciones y sus sentimientos.

—¿Los examina bajo el microscopio?

—Algo por el estilo —sonrió la joven.

—Y ¿qué impresión ha sacado de este caso?

—Pues... —Vaciló—. Fue muy extraño: el joven enrojeció hasta la raíz del pelo.

—Y ¿eso es especialmente relevante? —preguntó Gerard con sequedad.

Sarah se echó a reír.

—¿Piensa que imaginó que yo era una desvergonzada que me insinuaba? No, no creo que fuera eso. Los hombres saben discernir, ¿no es cierto?

Y miró con franca interrogación al doctor Gerard, que asintió con la cabeza.

—Tengo la impresión de que el chico se sentía emocionado y a la vez inquieto —explicó Sarah—. Enormemente emocionado y, al mismo tiempo, absolutamente inquieto. Es raro, pues siempre he visto que los estadounidenses están muy seguros de sí mismos. Un estadounidense de veinte años sabe mucho más del mundo que un muchacho inglés de la misma edad. Ese joven debe de tener unos veinte años.

—Yo diría que tiene veintitrés o veinticuatro.

—¿Tantos?

—Creo que sí.

—Quizá tenga razón... Sin embargo, me parece muy joven...

—No se ha desarrollado mentalmente. La infantilidad persiste en él.

—Entonces tengo razón al creer que hay algo anormal.

El doctor Gerard se encogió de hombros con una sonrisa.

—Señorita —dijo—, ¿quién de nosotros es enteramente normal? Pero, en este caso, creo que existe una base neurótica.

—Seguramente relacionada con esa horrible mujer.

—Parece sentir una gran antipatía por ella —comentó Gerard, mirando con curiosidad a la joven.

—Sí, la siento. Tiene una mirada malévola.

—Eso les ocurre a muchas madres con hijos casaderos —murmuró el doctor—. Sobre todo cuando esos hijos se sienten atraídos por chicas muy guapas.

Sarah se encogió de hombros con impaciencia mientras se decía que los franceses eran todos iguales. Estaban terriblemente obsesionados con el sexo. Aunque ella, psicóloga concienzuda, reconocía la presencia del sexo en la mayoría de los problemas.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por Raymond Boynton. El muchacho se había levantado y se había acercado a la mesa donde estaban las revistas. Eligió una de ellas y, al pasar junto a la mesa de Sarah, ésta le preguntó:

—¿Ha visitado la población? —Pronunció las palabras sin elegirlas, preocupada sólo por cómo serían recibidas.

Raymond se detuvo, enrojeció, vaciló como un caballo nervioso y luego su mirada se dirigió inquieta a la mesa de su familia.

—¡Oh! Sí, claro..., sí —murmuró.

Luego, como si hubiera recibido una espolada, regresó junto a su familia, llevándose la revista. Su anciana madre tendió una gruesa mano hacia la revista, pero al cogerla su mirada —como observó el doctor Gerard— estaba fija en el rostro del joven. Soltó un gruñido, pero no dio las gracias. El doctor notó que luego miraba duramente a Sarah. Sin embargo, su rostro estaba impasible. Nadie podría haber dicho lo que pasaba por la mente de la mujer.

Sarah consultó entonces su reloj.

—Es más tarde de lo que imaginaba —exclamó poniéndose en pie—. Muchas gracias, doctor Gerard, por el café. Tengo que escribir unas cartas.

El francés se levantó y estrechó la mano de la joven.

—Espero que volvamos a encontrarnos —dijo.

—Desde luego. ¿Irás usted a Petra?

—Procuraré ir.

Sarah le dirigió una sonrisa y salió del comedor. Al hacerlo, pasó junto a la familia Boynton.

El doctor Gerard, que los observaba, vio cómo la mirada de Mrs. Boynton se clavaba en su hijo. Éste volvió la cabeza, no hacia Sarah, sino hacia el otro lado.

Sarah King se percató del movimiento, y era lo bastante joven como para sentirse molesta por ello. ¡Tan amigablemente que habían hablado en el tren! Habían estado charlando sobre Egipto, riéndose del ridículo modo de hablar de los vendedores callejeros. Sarah le había contado que, al ser abordada groseramente por

un camellero que le preguntó si era inglesa o estadounidense, ella le dio esta respuesta: «No, soy china». Su regocijo fue notable al notar el desconcierto con que la miraba el hombre.

El joven parecía ávido de amistad, y sin embargo ahora, sin ningún motivo, se comportaba casi con grosería. «No volveré a preocuparme por él», decidió Sarah. Sin ser vanidosa, tenía un concepto muy elevado de sí misma. Se sabía muy atractiva y no estaba dispuesta a aceptar desprecios de un hombre.

Quizá se hubiera mostrado demasiado amable con el chico. Pero si lo había hecho había sido porque, aunque no sabía el motivo, había sentido compasión de él.

Aun así, ahora todo apuntaba a que el joven era tan sólo un estadounidense grosero.

En vez de escribir las cartas que le habían servido de excusa para separarse del doctor, Sarah se sentó frente al tocador, peinó su hermosa cabellera y, mirándose al espejo, hizo un repaso de su vida.

Había pasado por una difícil crisis sentimental. Un mes antes había roto su compromiso con un joven médico cuatro años mayor que ella. Se habían querido mucho, pero sus caracteres eran demasiado parecidos, por lo que sus peleas eran continuas. Sarah era demasiado autócrata para admitir el dominio de su novio. Sin embargo, siempre había creído admirar la energía en el hombre, y también creyó que deseaba ser dominada. Pero, al encontrar a un hombre capaz de imponerle su dominio, descubrió que no le era grato. Sufrió mucho al romper el compromiso, pero era lo bastante sensata para comprender que su mutua atracción no era una base suficiente para levantar sobre ella una felicidad

eterna. Y se recetó a sí misma unas vacaciones en el extranjero que la ayudasen a olvidar.

Los pensamientos de Sarah volvieron al presente: «Me gustaría hablar con el doctor Gerard de su trabajo. Ha hecho cosas maravillosas. Si al menos me tomara en serio... Quizá si va a Petra...».

Luego pensó nuevamente en el curioso estadounidense. No le cabía duda alguna de que su extraño comportamiento se debía a la presencia de su familia. Aun así, no podía evitar sentir cierto desprecio por él. ¡Era ridículo que un hombre se portara de esa forma!

No obstante...

Una extraña sensación la asaltó. En todo aquello había algo raro.

Y, en voz alta, declaró:

—Ese chico necesita que lo salven. ¡Yo lo ayudaré!